EN TORNO AL NUEVO ANTIMAQUIAVELO

Entre dos concepciones totalmente opuestas se alza el nuevo y auténtico antimaquiavelo. Frente a los que como Sartre, Hobbes y, concretamente, Nicolás Maquiavelo creen que el hombre es malo, se agrupan aquellos que como Rousseau afirman rotundamente que, en principio, por naturaleza, el hombre es bueno. Dos posturas de las que se deducirán resultados prácticos muy diferentes. Ante todo, habrá que preguntarse: ¿de qué punto de partida arrancaremos?; ¿qué camino habremos de recorrer?; ¿qué finalidad debemos pretender? Si el hombre es malo, debemos sujetarlo; si, por el contrario, es bueno, debemos «dejarle hacer». La finalidad es la misma: la consecución del orden justo que pretendemos tenga la estructura político-social.

Para el antimaquiavelo auténtico ninguno de los dos puntos de partida es aceptable. El hombre, ni es radicalmente malo —postura del maquiavelista—, ni es absolutamente bueno —postura del antimaquiavelo ingenuo—. El hombre —y aquí la postura del auténtico antimaquiavelo— es un ser caído, un «yo pecador». Conociendo la auténtica naturaleza del hombre habrá que poner remedio para liberarlo del yugo al que se ve uncido por obra del pecado original. Se hace necesaria la «redención»; redención del género humano que se consuma con el supremo sacrificio de Cristo en la cruz. Cristo ofrece su vida al Padre para redimir al género humano, y con este acto de supremo Amor, el hombre queda liberado. De ahí que para caminar libremente por la vida, el hombre deberá vivir siempre unido a Cristo. Individuo y sociedad, si no quieren perecer en la confusión del mundo moderno, deberán vivir en unión plena con Dios y con su Iglesia. Así, pues, la sociedad debe ser organizada sobre una base moral, sobre la idea de Cristo, porque, como señala Juan XXIII, el orden moral no se sostiene sino en Dios, y separado de El se desintegra (1). Y en este punto no cabe la duda: se está con Cristo o se está contra El. En 1929, en una conferencia

(1) Encíclica *Mater et Magistra*, de S. S. el Papa Juan XXIII, de 15 de mayo de 1961.

pronunciada en España, François Mauriac (2) opinaba que la única conducta posible era elegir entre dos posiciones: «con Cristo o contra Cristo». No definirse es ya haber elegido: «quien no está conmigo está contra mí...». Maquiavelo es el anticristo (3), es el precursor de Nietzsche, que opone a la raza de los esclavos, la raza de los amos y de los dominadores, el superhombre. A ello hay que oponer, pues, una idea cristiana: todos nacemos esclavos, pero el hombre es, ante todo, un ser que tiene el sentido de la debilidad humana, de la infinita miseria humana y de que sólo puede ser libre en Cristo.

Así, la sociedad puede y debe ser organizada sobre una base moral cristiana. Sin embargo, ello, en los tiempos que corren, se hace difícil, porque estos momentos, como los de Maquiavelo, de confusión de espíritus, son propicios para la desviación de la línea recta que debe unirnos a Cristo. Estos momentos —como en el espíritu de Maquiavelo— son momentos en los que de manera rotunda se impone predominantemente la técnica. Baste pensar en la explosión que en un pequeño atolón del Pacífico, a 35 millas de Eniwetok, hizo la primera bomba atómica de fisión, la bomba de hidrógeno. Como dice el profesor Antonio de Luna (4) «oficialmente a las siete y quince de la mañana del 1 de noviembre de 1952 —de facto un año antes— se anunció una nueva era de la historia del hombre, aquella en que el suicidio de la Humanidad es ya un hecho posible». Y ya no solamente puede hablarse de los efectos de las bombas de uranio y de hidrógeno, sino que «aunque sin relato detallado de ensayos, sabemos —afirma José María Trías de Bes (5)— que es mucho más terrible la bomba de cobalto con su pavoroso isótopo 60, cuyas partículas infinitesimales, pero terriblemente mortíferas, esparcidas por el viento, pueden afectar millones de kilómetros cuadrados, causando la muerte a todos. Más recientemente, el 30 de octubre de 1959, el general ruso Pokrovsky, muy calificado en energía nuclear, da la noticia de la nueva bomba soviética, la superbomba A, con armadura metálica de uranio 235, cuya explosión se agregaría a la de la bomba propiamente dicha y,

---

(2) Del texto de la conferencia pronunciada en Madrid en 1929 por el académico francés FRANÇOIS MAURIAC, recogido en su libro *Palabras católicas*. Editorial La Mandrágora. Buenos Aires, 1954.

(3) Véase el libro que JOSÉ PREZZOLINI ha publicado con el nombre *Machiavelli Anticristo*. Roma, 1954.

(4) ANTONIO DE LUNA, prólogo a la edición española del libro de ALF ROSS: *Constitución de las Naciones Unidas*. Madrid, 1954, pág. XV.

(5) JOSÉ M.ª TRÍAS DE BES, de su discurso leído en la Junta pública del martes 24 de noviembre de 1959 acerca de «Aspectos jurídicos y políticos del empleo de armas nucleares».

en consecuencia, su potencia explosiva equivaldría, aproximadamente, a la de la bomba de hidrógeno; y más aún, la bomba de 20 megatones equivale a casi catorce veces la potencia explosiva de todas las bombas lanzadas por los aliados sobre Alemania en seis años de guerra. Una sola de estas bombas es mil veces más poderosa que la bomba de Hiroshima. Si pensamos en la explosión de estos artefactos, momento espantoso que asemejaría al estallido de un nuevo sol, obra del hombre y más potente que el astro creado por Dios, palparemos en toda su tremenda dimensión lo que representa la técnica.

Sin llegar a esto, la tecnocracia está al orden del día. Son muchos los grupos de expertos técnicos que piensan organizar la sociedad (su Gobierno o régimen) conforme a principios también técnicos. Hasta «medio en broma, medio en serio, como dice el profesor Sánchez Agesta (6), con todo lo que tiene de literatura y dilettantismo, Curzio Malaparte publicó un título audaz: *Técnica del golpe de Estado*, que harán mal en no leer quienes se propongan dar un golpe de Estado».

El elemento característico de nuestra época es, indudablemente, la técnica. Al formidable desarrollo alcanzado por ésta en los últimos tiempos se debe al progreso material de la civilización contemporánea y la profunda transformación experimentada por la organización económica y social de la Humanidad. Y esta técnica que se concreta en la civilización moderna, lejos de unir al hombre con Dios, lo aleja cada vez más de El. «A pesar de tanta ciencia —nos dice Xavier Zubiri (7)—, tan verdadera, tan fecunda y central de nuestra vida, a la que tantos de los mejores afanes humanos se han consagrado, el intelectual de hoy, si es sincero, se encuentra rodeado de confusión, desorientado e íntimamente descontento consigo mismo.»

Avanza la técnica y se estabiliza la idea. Y ese núcleo de ideas que antaño servían para explicar lo contingente, hoy desbordadas por la realidad de los fenómenos tecnológicos que van surgiendo, no hace sino extremar la angustia en que el hombre moderno consciente se ve inmerso por el colosal desarrollo del progreso. Debemos, pues, reflexionar sobre este punto, meditando las brutales consecuencias que esta transmutación de planos opera en nuestro espíritu, para tomar conciencia de que es necesario y vital una transformación profunda en nuestro modo de entender el estudio de la realidad. Debemos, pues, profundizar en nuestros conocimientos éticos, morales y religiosos para que éstos sirvan, como buena semilla depositada en tierra fértil,

---

(6) LUIS SÁNCHEZ AGESTA: *Los principios cristianos del orden político*. Instituto de Estudios Políticos. Colección «Ideologías contemporáneas» a cargo de JESÚS FUEYO ALVAREZ. Madrid, 1962. Prólogo, pág. X.

(7) XAVIER ZUBIRI: *Naturaleza, historia, Dios*. Madrid, 1963, pág. 5.

de soporte al mundo de las ideas que encuadren el conjunto de avances y de inventos que los modernos medios técnicos proporcionan a la humanidad. Con estos fundamentos ideológicos y filosóficos podremos explicarnos desde un punto de vista ético y moral los innumerables problemas que el desarrollo científico del mundo nos plantea, en la seguridad de que de no ser así, no encontraríamos solución viable, condenándonos a vivir ante esta panorámica con la consiguiente angustia vital de la que tantas pruebas está dando la sociedad moderna. Se trata, pues, de acercar al hombre a la Verdad, a Dios: de «dar un ánima al siglo de la técnica» (8). Y este retornar a Cristo se ha de conseguir concediendo un mayor valor intrínseco a la persona humana, que a fin de cuentas está hecha a imagen y semejanza de Dios. Este es el principio proclamado por los Pontífices y recogido en toda la doctrina social de la Iglesia que defiende la sagrada dignidad de la persona humana.

El problema, como otros, es tratado con maestría por Manuel Fraga Iribarne (9). En realidad, Fraga, replantea, «en función del Derecho natural y de un concepto del hombre, como "portador de valores eternos", todos los problemas de una sociedad grandiosa y cambiante».

Nos habla del justo medio que busca el antimaquiavelo sensato; de la ansiedad que sentimos de encontrar un mundo y una sociedad para hombres, y no para superhombres ni para infrahombres de los hormigueros colectivistas; nos habla, en fin, de la necesidad de humanizar al hombre moderno.

Se hunde el Derecho político clásico y se puede hablar de un total ocaso del Estado constitucional y aun de todo el «mundo» liberal. Se organiza un Estado (el Estado comunista) que se piensa —en fórmula de Lenin— sea superior a los demás, en el que predomine el ejército, la policía y la Administración. Su fuerza de choque, el partido comunista, podrá hacer todo lo que quiera para el logro del triunfo del régimen comunista. Maquiavelo y su Príncipe están al orden del día.

Ante ello, el nuevo y auténtico antimaquiavelo no se turba. Fraga no justifica por sí los medios empleados para la consecución de un fin predeterminado, no; pero habida cuenta de que los medios son necesarios para la consecución de los fines propuestos, se hace de todo punto necesario la existencia de un poder. El orden constitucional se organiza en torno a un poder, precisamente para llegar a la consecución del fin propuesto. «Recordemos

---

(8) De la alocución de S. S. el Papa Juan XXIII en la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II, el día 11 de octubre de 1962.

(9) MANUEL FRAGA IRIBARNE: *El nuevo antimaquiavelo*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1962.

una vez más, señala el profesor Sánchez Agesta (10), que poder y fin, son los dos elementos esenciales en que Aristóteles se basó para definir las distintas posibilidades de un orden constitucional.» La sociedad, pues —dice Fraga—, hace posible el poder. Pero, a su vez, el poder hace posible a la sociedad. Y hoy, la sociedad está necesitada de una actuación rápida por parte de aquel que detenta el efectivo poder del Estado. Por eso —sigue diciendo Fraga—, nuestro siglo, en plena crisis, busca el restablecimiento del orden social por medio de un renacimiento del poder. Y este poder —poder antimaquiavelo— debe ser, en último término, poder del Estado al servicio del bien común.

De aquí que si el poder del Estado está actuando en función del bien de la comunidad, no importará que el Estado mismo intervenga en el mayor número posible de actividades sociales. No importará, pues, «una creciente intervención del Estado en todas las relaciones sociales, o sea, un fabuloso crecimiento de las funciones del Estado». Por ello, si en todos los tiempos se ha esperado del Gobierno una ordenación de la comunidad, hoy se le pide más: se le pide un plan que proporcione la seguridad social. Y el Estado comienza a planificar a corto y a largo plazo, en grado más o menos amplio (11). Esto indudablemente hace surgir nuevos y graves problemas de arquitectura política y administrativa.

Corolario de todo ello es el aumento constante e incansable por parte del legislador, de nuevas normas a las que la conducta humana ha de sujetarse para que se cumplan debidamente los fines propuestos por el Estado. Fraga señala que nunca se ha legislado tanto como ahora y sobre tantas cuestiones (12). De aquí, que se llegue a la depreciación del Derecho, precisamente por abuso de él. Existe tal proliferación de normas que indudablemente se confeccionan sin la suficiente reflexión, dando al traste con la seguridad jurídica y social.

Desde luego —nos dice Francesco Carnelutti (13)— cuanto más numero-

(10) LUIS SÁNCHEZ AGESTA: *Lecciones de Derecho político*. 6.ª edición. Granada, pág. 543.

(11) En España el último exponente nos lo proporciona la creación del Decreto de 1 de febrero de 1962 de la Comisaría del Plan de Desarrollo Económico y Social dependiente de la Presidencia del Gobierno, con la función principal de elaborar, impulsar y coordinar un plan de desarrollo económico y social.

(12) Los tejidos con los cuales se ha de fabricar la más íntima ropa femenina han sido regulados con todo detalle en el *Boletín Oficial;* la reglamentación del tabaco tiene más de diez mil palabras, mientras que la ley Divina cabe en el Decálogo. Si uno va de pesca, debe llevar (además de una licencia), un metro, para devolver al agua los peces que no lleguen a ciertas dimensiones.

(13) FRANCESCO CARNELUTTI: «Derecho consuetudinario y Derecho legal». Discurso

sas son las leyes, tanto menos es probable que sean conocidas por parte de los ciudadanos. ¿Qué hacer para obedecer una ley que no es conocida? Hoy, la consabida presunción del conocimiento de las leyes fundada en su publicación no es más que una ridícula ficción. La creciente decadencia en la formación de las leyes y la progresiva dificultad en conocerlas por parte de los juristas, perjudica gravemente, si no es que anula aquello que debiera ser el mérito del derecho legal en comparación con el derecho consuetudinario.

¿Será acaso —nos dice Eustaquio Galán (14)—, un factor meramente casual lo que pueda explicar que en una misma temporada hayan aparecido en edición española, traducidos, respectivamente, del inglés y del francés, dos excelentes libros sobre Maquiavelo como pensador político; el de Leo Strauss, publicado por el Instituto de Estudios Políticos, y el de Renaudet, lanzado por Editorial Tecnos?

¿O acaso es Maquiavelo para el pensador político un tema constante de meditación, de perenne actualidad y, en consecuencia, no deberá extrañarnos que la bibliografía más selecta y destacada vuelva una y otra vez en cada momento sobre él?

¿O hay, tal vez, una analogía profunda entre las dos épocas, a saber, entre la época en que Maquiavelo escribió, de una parte, cuando la sociedad feudal se descomponía, y de sus ruinas emergía, en su primera fase, la sociedad capitalista, y la nuestra, nuestra época, de otro lado, cuando lo que se conmueve en sus mismos cimientos es, precisamente, esa sociedad capitalista, entonces incipiente, sin que nos sea dado todavía columbrar aún de qué forma ha de quedar transformada; y en esta situación, ante tan inciertas perspectivas, Maquiavelo vuelve a hacerse otra vez actual, ya que antes que nada el genial italiano fue un teórico —un técnico— del poder, y la verdad es que —toda vez que lo político pertenece a la esfera de lo *praktikon*, esto es, del hacer, no a la de lo *poietikon*, a la del crear o producir no cabe transformación social alguna sin que se utilice para lograrla el poder como instrumento?

De todos modos —nos dice Fraga—, Maquiavelo, como Aristóteles se enfrenta con la realidad política con un método positivo: investiga en la historia y en el presente lo que es la vida política de los Estados reales. En lugar de buscar, como Platón, el Estado perfecto, intenta averiguar como funcio-

---

inaugural del Congreso celebrado en Venecia, en octubre de 1963, con el tema «Del Derecho tradicional africano al Derecho moderno» y recogido por la *Revista de Occidente*, enero 1964, núm. 10, pág. 7.

(14) EUSTAQUIO GALÁN Y GUTIÉRREZ: *Arriba*. 25 de marzo de 1965.

nan los Estados imperfectos, pero efectivos. Por ello —dice Edmundo González Blanco (15)— los merecimientos de Maquiavelo son grandes y debidamente apreciados por muchos; entre otros por el insigne escritor inglés Harrington, quien en su *Political Aforisms*, preguntó: «¿si no condenáis al médico que os descubre la enfermedad, por qué queréis condenar al filósofo que os enseña el estado de vuestras desgracias civiles?». Con Harrington están Dyer en su obra *Machiavelli and the modern State*, y Morley en sus *Romances Lectures*, que demuestran de modo cumplido que el Maquiavelo de la historia no es el Maquiavelo que conocieron los florentinos de su tiempo.

TOMÁS ZAMORA

(15) EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO, introducción a su versión castellana de *"El Príncipe"*, *comentado por Napoleón Bonaparte*. 2.ª edición. Madrid, 1933.